

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

Don Quijote



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { 3 trimestre..... 2,50
 { 1 año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { 3 semestre..... 6
 { 1 año..... 12

EVANGELIO

No hay más que una religión: el Bien.
No hay más que una patria digna: la Tierra.
No hay más que un estado de justicia: la República.
No hay más que una pena redentora: el Arrepentimiento.
No hay otro mal que la ignorancia, vencible por la Instrucción.
No hay otro tentador que la pobreza, de la que triunfa el Trabajo.

VICTOR HUGO.

ANTES DE CANTAR EL GALLO

—Estoy furioso, señor D. Quijote... porque *La Epoca*, una dueña quintañona, achaca a los periódicos el origen de la guerra, y los periódicos niegan que ellos la hubieran deseado ni predicado, y aquella vieja cursilona viene pidiendo paz, dando noticias encaminadas a abatir el espíritu público; y en fin, haciendo el oso como su nuevo amo el Silvela.

—¿Por eso te enojas, Sancho?

—Enójame y mucho lo dicho; porque ni unos ni otros dicen verdad... Claro es que los yanquis nos han llevado con sus maldades a la guerra; pero y antes, y cuando se recibió el mensaje de Cleveland ¿no protestaron de tal mensaje los periódicos de gran circulación? Y al empezar la insurrección cubana, que si alguna guerra puede honrosamente excusarse, es la que está motivada en quisicosas coloniales, ¿no hicieron de la *Napolitana*, algo desfigurada, un himno nacional? ¿No llamaron filibusteras a las madres de Zaragoza? ¿No llenaron de injurias a Martínez Campos porque se inclinaba a soluciones políticas? Confiesen la verdad, y déjense de acobardarse.

Además, muchos de esos periódicos ¿qué son sino órgano de los politicones? Estos, pues, inspiradores de tales papeles, son verdaderamente los dignos de castigo.

¡Ah, señor D. Quijote, que aquí es muy cómoda y socorrida la carrera de politician! Llámense carlistas ó republicanos, vienen al Parlamento para tener cierto influjo personal en el ministerio, y hacen guerra con chin chin y de mentirijillas como en las zarzuelas... y si son industriales, logran que las oficinas del Gobierno ó del ministerio les encarguen del surtido de la tinta, ó de los sobres, ó de la leña, ó del papel; y si son abogados auxilian desde la tribuna política sus bufetes; si profesores, se proporcionan traslaciones ó ascensos, ó la *vita bona*, sin asistir a las cátedras. Ponga vuesa merced que son liberales ó conservadores, pues pingües destinos, buenos negocios. Hombre hay que tiene la industria de periódicos; otro llega a ministro de Gracia y Justicia y arregla a su gusto la magistratura, y luego deja el ministerio y sigue en el bufete de abogado, ó es consejero de ferrocarriles y de Compañías industriales, luego ministro de Hacienda ó negociante, y luego ministro de Fomento... ¡Estos, estos politicones vividores son los culpables de todo... La prensa no es en la mayor parte de los casos más que una máquina que ellos mueven, y contra ella sólo po-

drá alzarse el país cuando tenga virilidad sobrada para no esperar a tener criterio, que un pedantón oculto por el periódico sin firmas haga juicios y criterio... industrial...

El periódico sólo tiene un correctivo, el que puede darle el público no comprándole cuando le coja en mentira ó lea en él necedades. Así lo entiendo.

—Esos lugares comunes; esas generalidades dichas escrupulosamente, bien en son de alabanza, ya con carácter de censura; esos «fondos» no siempre limpios de majaderías pomposas... tengo para mí, Sancho, que debieran aparecer con la firma del autor al pie, y no se daría el caso de que un escritor en un periódico defendiera una opinión y en otro la opuesta. Pecados ha cometido, y muchos, la prensa «negociera».

Ella ha imitado a los yanquis mil veces con *reporters* noveleros, parodiadores de Stanley, con mojigangas y teatrales alardes para llamar la atención.

Pero acusar a la prensa porque ha mantenido en pie la dignidad del carácter nacional—muchas veces en algunos periódicos aun contra la opinión de los dueños, grandes politicones—resulta una injusticia. Sancho, razón tienes. Puede probarse que de los centros oficiales han salido documentos en los cuales se aseguraba que no estábamos tan mal en marina y armamento. Puede afirmarse que todos, todos, en este punto hemos sido engañados, y que cuando se iba a pronunciar la palabra responsabilidad—exijase la responsabilidad a quien le correspondía—amordazan los políticos a la prensa y sale a plaza en papeles de camarín... ¡la tonta acusación contra la prensa!

Hubiéramos tenido un hombre que verdaderamente hubiera aceptado la guerra como esta guerra habría de ser aceptada... ¡por razón de honor! y otro hubiera sido el resultado. ¿Pues qué piensan los pacificantes, que la guerra ha concluido?

Aquí, aquí en esto está su mucha estupidez, Sancho. El hombre que aquí comprenda que la resistencia es aún nuestra salvación; el hombre que imponga sobre la renta, sobre toda propiedad urbana fuertes contribuciones; el hombre que recuerde que Cortés se quedó sin barcos, y no contaba más que con un puñado de hombres, unido a los cuales venció; el hombre, en fin, que sigue despreciando a esos viles hipócritas y canallas yanquis, y no porque ahora—merced al número y a la desgracia de nuestro mal Gobierno—ganen, los crea grandes y hasta valientes; el hombre, en fin, que sienta con elevación y patriotismo verdadero, jese podría salvarnos!

—¿Dónde está ese hombre, señor mío? No se haga vuesa merced ilusiones; aquí no existe ese hombre.

—¡Existe!... ¿cómo no? El no habrá aparecido, no le conocemos, pero existe.... Paz, paz; piden paz ahora los rentistas, negocieros, canónigos bien alimentados y los delicadísimos señores de la crema y de la goma.... ¡Ahora!... ¿Por qué no la pidieron cuando nuestros pobres generales—discutidos aquí y hasta aconsejados por los correveidiles periodísticos—se veían sin hombres y cercados por los insurrectos, que así murió el heroico Santocildes? ¿Por qué no pidieron la paz cuando nuestros oficiales morían de enfermedad ó en las cobardes arterias de ñáñigos y Maceos? ¿Por qué no pedían la paz cuando a miles y a miles iban saliendo de la Península los hijos del pueblo a combatir en la

manigua? ¡Piden la paz ahora que la guerra puede llevarles a ellos y tocar a sus bolsones! ¡Ahor!...

Pues bien... no sé por qué creo que por mucho que el Gobierno ó quien sea que esté tratando de paz se abaje y humille... no conseguirá la paz... como no fuera muy honrosa.

—¿Que no? ¡Ay, señor Don Quijote!... olvida vuesa merced una cosa: que los ricos, los fariseos y los gomo sos son una plaga fiera.

Cupón, capón y copón,
han perdido a la nación.

¡PATRIA!

Fragmento.

¡Madre España! ¡Triste pago
reservaba el odio oculto
a tu maternal halago,
con el incendio, el estrago,
la perfidia y el insulto!

Mas tu justicia severa
no confunda al hijo bueno,
que tu excelsitud venera,
con el monstruo, con la fiera
que ha desgarrado tu seno.

Tu criatura no es
quien, del bosque entre el ramaje
acechando a cuatro pies,
como el can se hace montés,
volvió al estado salvaje.

No es hijo tuyo el villano
que de blancos en la trata,
se alquiló, por inhumano,
de verdugo al africano,
y de lacayo al pirata;

ni el que mereció mil muertes
por luchar con malas artes
en las hordas, que hacen fuertes
bandidos de todas suertes
fugados de todas partes.

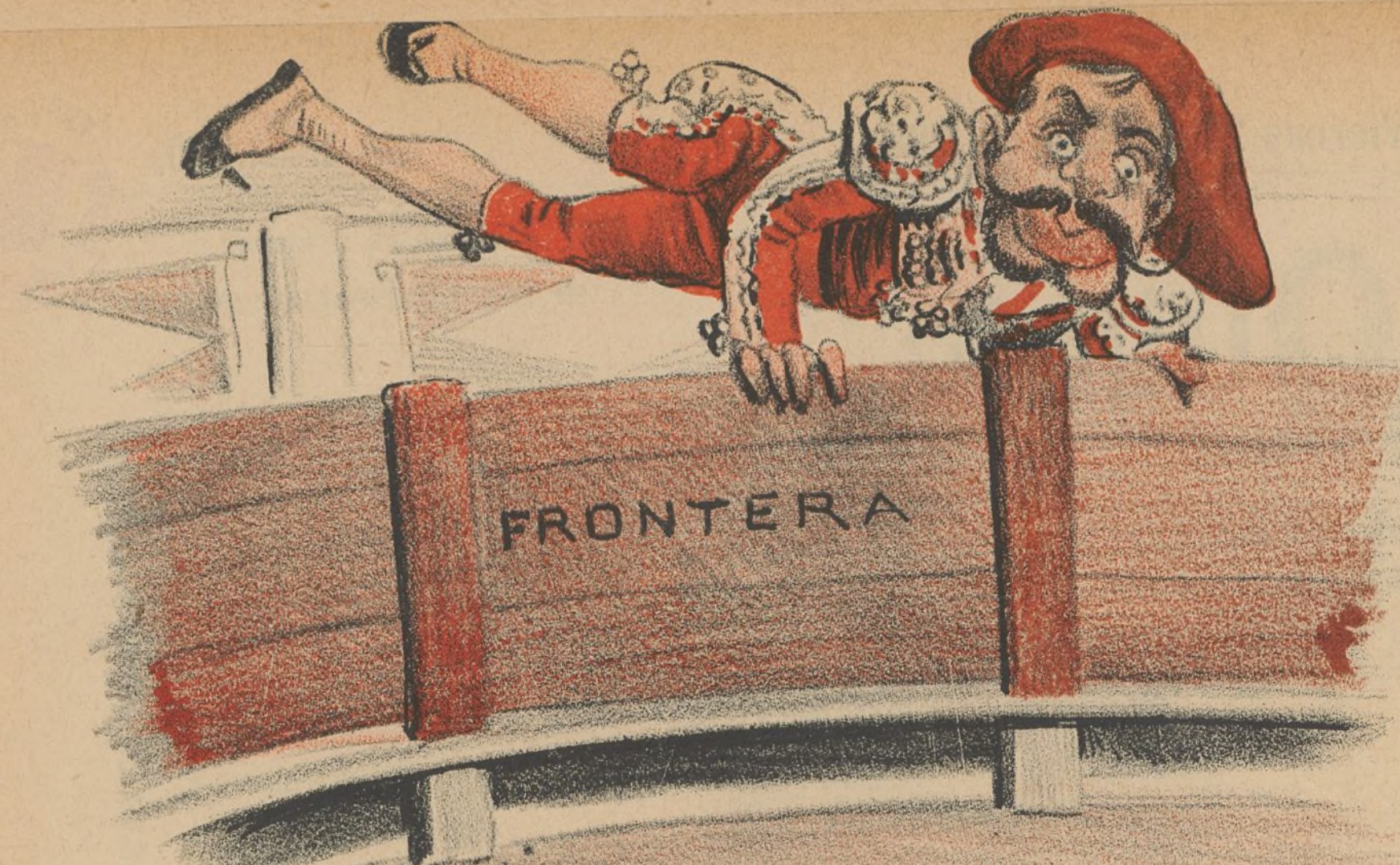
A quien nos cria al nacer,
por anciana no se deja.
Una Patria nos dió el ser;
¡cuanto más pobre y más vieja
más se la debe querer!

LEOPOLDO CASSO.

EL PORVENIR

¡América! ¡Oh! Aquello es una democracia que concluye. Desde luego, nada tan opuesto a las democracias como el exceso de fuerzas militares; nada tan exterminador de las democracias como la guerra y la conquista. Para mantener las tres grandes aglomeraciones pretorianas existentes hoy en el mundo, se necesitan tres emperadores tan fuertes y tan guerreros como el emperador de Austria, como el emperador de Rusia, como el emperador de Alemania, por no hablar de Turquía. En cuanto la guerra se acabe, llegue el resultado que llegue, la decadencia de los Estados Unidos comienza. ¿Qué harán de una marina tan formidable y de un ejército tan numeroso como los necesarios al mantenimiento de sus conquistas?

No podrán de modo alguno licenciarlos, porque per-



¿La saltará?



Tendré que cerrar el establecimiento!



El traidor no há menester siendo la traición pasada.



—¡Anda la Osa! ¡La Paz con el Práxedes!
—¡Pa mí que la confirmo!

El hombre del día... y de la noche



«Cuál gritan esos malditos, pero mal rayo me parta si en concluyendo la carta no pagan caros sus gritos»



Están verdes.



El hermano Paz



y yo el tercero.

y yo el segundo,

Soy el Monroe primero,

derían sus recientes adquisiciones; y no podrán de modo alguno sostenerlos, porque perderían sus antiguas libertades. Luego estos ejércitos no pueden quedarse ociosos; y cuando hayan adquirido todo lo adquisible en materias coloniales, querrán ejercer sus fuerzas, conseguir más grados, alimentar su gloria con la extensión del dominio americano sobre las tierras todas del Nuevo Mundo. Y entonces la República se convertirá en Imperio. América nos habrá perdido; América nos habrá, sin razón ni motivo, atropellado; América meterá sus uñas en las entrañas españolas y robará con esas uñas despojos coloniales, invenidos por nuestro genio nacional é irrigados con nuestra inagotable sangre; pero América será sierva; y está servidumbre, remachada por los sables de sus generales victoriosos, la empujará de continuo á una guerra perpétua, y en esta guerra perpétua encontrará cualquier día el despotismo dentro, y venida de fuera la irrupción extraña, castigo justo de su criminal y empedernida ceguera, encontrando nosotros en tal día nuestro irremisible desquite.

EMILIO CASTELAR.

PARÉNTESIS LITERARIO

UNA CARTA

«Mi carta que es feliz, pues va á buscaros, cuenta os dará de la memoria mía, aquel fantasma soy, que, por gustaros, huyó á estar viva á vuestro lado un día.

«Cuando lleve esta carta á vuestro oído el eco de mi amor y mis dolores, el cuerpo en que mi espíritu ha vivido ya durmiendo estará oja unas flores.

«Por no dar fin á la ventura mía, la escribo larga... casi interminable... ¡Mi agonía es la bárbara agonía del que quiere evitar lo inevitable!

«Hundiéndose al morir sobre mi frente el palacio ideal de mi quimera, de todo mi pasado solamente esta pena que os doy borrar quisiera.

«Me rebelo á morir, pero es preciso... ¡El triste vive, y el dichoso muere!...

«Cuando quise morir, Dios no lo quiso; hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora me repita esta voz tan repetida; que las cosas más íntimas ahora se escapen de mis labios con mi vida.

«Hasta furiosa, á mí que ya no existo, la idea de los celos me importuna; ¡juradme que esos ojos que me han visto nunca el rostro verán de otra ninguna!

«Y si aquella mujer de aquella historia vuelve á formar de nuevo vuestro encanto, aunque os ame, gemid en mi memoria; ¡yo os hubiera también amado tanto!...

«Mas tal vez allá arriba nos veremos, después de esta existencia pasajera, cuando los dos, como en el tren lleguemos de nuestra vida á la estación postrera.

«¡Ya me siento morir! ¡El cielo os guarde! Ciudad, siempre que nazca ó muera el día de mirar al lucero de la tarde, esa estrella que siempre ha sido mía.

«Pues yo desde ella os estaré mirando; y como el bien con la virtud se labra, para verme mejor, yo haré rezando que Dios de par en par el cielo os abra.

«¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante que os cita, cuanto os deja para el cielo!

«¡Si es verdad que me amasteis un instante, llorad, porque eso sirve de consuelo!...

«¡Oh Padre de las almas pecadoras!... ¡Conceded el perdón al alma mía!

«¡Amé mucho, Señor, y muchas horas, más sufrí por más tiempo todavía!

«¡Adiós, adiós; como hablo delirando, no sé decir lo que deciros quiero!

«¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando, que sufro, que os amaba y que me muero.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Ambiente

En medio de la cobardía del espíritu que por doquiera se observa, siéntese un algo que consuela y anima. El brutal atentado contra los derechos del ciudadano, la insensata furia con que se pretende retrotraernos á los tiempos más ominosos de nuestra historia, la pequeñez misma de un Gobierno que á tanto se atreve, va creando en el país un ambiente para las grandes resoluciones del pueblo.

Léanse con delectación documentos históricos que traen á la memoria el recuerdo de grandes hechos, y que á la vez invitan á la comparación provechosa, contribuyendo á crear un estado de ánimo que lenta, muy

lentamente, va desarrollándose y extendiéndose en la conciencia nacional.

Se nota, desde luego, la paridad de ciertas circunstancias con otras que en su día determinaron sucesos transcendentales en España; se observan ciertas semejanzas entre los gobernantes de hoy y otros que antaño condensaron sobre sus cabezas la tormenta purificadora de ambientes saturados de miasmas mortíferos.

Todo esto, repetimos, consuela y fortifica. Todo esto abre el alma á la esperanza y hace creer en la regeneración de España, como hace creer en la vida el débil soplo del enfermo cuyo aliento empaña tenuemente el brillo del cristal.

UNA FRASE DE MAC-KINLEY

Los periódicos norteamericanos han dado cuenta hace tiempo de las palabras que pronunciara Mac-Kinley como comentario á una caricatura de DON QUIJOTE, en que representábamos al pueblo español ofreciéndole una cesta de huevos.

—¡Bah!—dicen que dijo el presidente de la gran República—donde hay tantos huevos debe haber muchas gallinas.

No hemos querido hasta ahora recoger en nuestras columnas la frase de Mac-Kinley.

Hoy la reproducimos porque en esta transformación dolorosa que han sufrido nuestros sentimientos, acaso creamos que el organizador de nuestra derrota tenía razón al hablar de manera tan despreciativa de nosotros.

QUISICOSAS

—¿Me presta usted cinco duros?

—Si me da usted garantías...

—Hoy no puedo.

—¿Por qué causa?

—Pues... porque están suspendidas.

—Hoy ni de paz ni de guerra escribas, porque el fiscal, por más que dores la pildora, no lo dejará pasar.

—Entonces escribiré sobre esas suegras que están dándonos guerra á los yernos sin dejarlos nunca en paz.

—Deja en paz á esas mujeres, no les des guerra.

—Pues ya; escribiré de la guerra que á la viuda doña Paz le están dando sus parientes porque se ha vuelto á casar.

—¡Cuernos! eso no me gusta.

—¿Cuernos has dicho? Verás cómo escribo sobre Guerra.

—¿Sobre Guerra?

—Sí.

—¡Ole ya!

—Una tarde fui á los toros, sólo por ver trabajar á Guerra, puesto que Guerra toreando es un barbián.

Después de picar al sexto, que era un buen toro de Paz, tocaron á banderillas, y el público en general gritó: ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

Que salga á poner un par. Se oponía el presidente; mas viendo la tempestad que se le venía encima, salió Guerra á pelear, porque, si no sale Guerra, no acaba la fiesta en paz.

VICENTE RUBIO.

CAMBIO DE CASACA

Esto es hecho, lector; yo me resello. ¿Razones? Si la mar fuera de tinta y el cielo de papel doble, no me bastarían para consignar cuantas me asisten. Vayan sólo algunas como muestra.

Y la primera es el cansancio. Fatiga la labor estéril. Cuéntase que en algunos países, para agravar la pena de trabajos forzados, se obliga al penado á hacer cosas manifestamente inútiles; los que tal inventaron fueron profundos conocedores del corazón humano. Nerones de la psicología. Se cansa uno de predicar en desierto, de protestar sin fruto, de amonestar sin resultado. Se cansa uno de derechos y los intereses de un país á quien le da un pepino de sus intereses y derechos. Se cansa uno de oficiar de corregidor de Almagro, muriéndose de pena por el chaleco del vecino. Se cansa uno de esforzarse por la redención de un pueblo que no quiere ser redimido.

Sin estos desengaños que quebrantan la fe en la eficacia de las ideas, yo te aseguro, lector pío, que nunca motivos de interés personal me habrían determinado á operar el cambio de casaca que proyecto. En punto á abnegación yo profeso este principio: el sacrificio fecundo es la más grande y bella acción que pueda ejecutar el hombre; el sacrificio estéril es, en cambio, la mayor de las tonterías. Tan luego como he dado en sospechar que el sacrificio por las ideas pudiera no servir de nada, se me ha ocurrido lamentar sus efectos. Más de diez años de diaria labor, ¿qué me han producido? ¿Qué ministro me ha encasillado? ¿Qué gobierno civil me han conferido? ¿Qué credencial me han dado para las colonias, allá cuando las teníamos? ¿Qué personaje me sonríe, ni me llama su amigo, ni me da en el hombro palmaditas? ¿En qué altos lugares soy acogido con benevolencia y simpatía? Los pocos prohombres que me conocen me miran con ceño: del poder sólo conozco los rigores. ¡Yo que, siguiendo otro camino, hubiera podido llegar acaso hasta director general! ¿Por qué no? Otros más tontos lo han sido.

Poco importa todo eso mientras uno cree servir honradamente á la justicia y á la patria. Pero llega Sagasta, y nos persuade de que, en momentos supremos como los actuales, la obligación imperiosa de todo aquel que de español blasone, es guardar sus principios y convicciones para mejor ocasión, suspender todo examen, acallar toda censura y ayudar al Gobierno establecido, por detestable que él sea. Y yo me digo: si esto es lo patriótico en momentos críticos, ¿por qué no ha de serlo siempre? ¿A qué pasarse la vida en defender soluciones que no han de salvar á la patria en los días de tribulación? ¿Para qué esforzarme en oficiar de Cassandra, lanzando siniestros augurios, si cuando ellos por desdicha se confirman, me está vedado por el patriotismo sacar las consecuencias? ¿A qué fin combatir á los Gobiernos en tiempos tranquilos, si esos mismos Gobiernos, que yo tengo por abominables, han de ser los que nos rijan en tiempos de tribulación? Nada, nada; lo cuerdo, lo patriótico es ser ministerial, no en las presentes horas de angustia, sino á todas horas.

Otra consideración hay que me decide por completo. El oficio de periodista de oposición tiene muchos inconvenientes: prisiones, fianzas, condenas, malquerencias, contrariedades de toda especie. Todo ello fuera nada si no trajera por contera la deshonra. Llega ésta por el siguiente camino. A medida que la censura es más necesaria y más justa, se hace más difícil. Cuanto más el poder peca, más peligro es denunciar los pecados del poder. ¿Qué ha de pensar de nosotros el lector, acostumbrado á vernos ejercer en tiempos normales el ministerio de la crítica, si nos ve flaquear en días de prueba y aflojar en la misma proporción en que aprietan las circunstancias? Querría él hallar en nosotros la expresión fiel de sus propios sentimientos. No acaba de comprender la situación. No suele hacerse cargo de que no es el riesgo lo que nos contiene, sino la enorme desproporción entre la gravedad que para nosotros puede tener un tropiezo, y la eficacia de un artículo de periódico, tan pronto leído como olvidado. Así nuestra reputación sufre por efecto de la represión que se nos impone. Bastará esa relación inversa entre la necesidad y la libertad de la crítica para hacer punto menos que estéril la labor de la censura periodística.

Yo me resello. ¿Que adónde voy? ¿Con Sagasta, ese miliciano fracasado? ¿Con Moret, ese afortunado negociador de indemnizaciones? ¿Con Gamazo, ese hábil artífice del hambre? ¿Con Silvela, ese viscoso apóstol de la reacción? ¿Con Romero, esa perinola parlamentaria, esa veleta restauradora? ¿Con los caballeros del Sepulcro, esos hombres fúnebres que tienen sus soluciones en el purgatorio y sus amores en la tumba? Con nadie y con todos. Seré ministerial. ¿De quién? Pues de todos los ministerios. Otra cosa no sería lógica. Si me fuera con Moret, tendría que maldecir de Gamazo; si con Gamazo de Moret. Si me adhiero á Silvela, he de murmurar de Romero; si á Romero, he de roerle á Silvela los zancajos. ¿Cómo entonces complaceré á Sagasta, que nos enseña que es antipatriótico introducir la discordia entre las fuerzas de la monarquía? Para evitar esto tengo que ver la manera de ser siempre ministerial, imitando en mi modesta esfera á Sagasta mismo, que siempre ha sido algo ministro.

Satisfecho de esta solución en que se hermanan patriotismo y conveniencia, y se meten en un saco honra y provecho, sólo me conturba un poco el temor de mi inexperiencia en punto á aplaudir, elogiar, bombear, dar jabón y llevar faldones. Todo será irse haciendo. O yo mucho me engaño, ó el oficio de periodista ministerial es el oficio del aguador. Desde mi próximo artículo empezaré á hacer la apología del Gobierno que haya por entonces. ¡Y ya verás, lector, qué campaña!

ALFREDO CALDERÓN.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.